REPÚBLICA DE HONDURAS. AMÉRICA CENTRAL

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR:—F. TURCIOS.

Colaboradores activos: LUCILA GAMERO, J. A. DOMINGUEZ, ENRIQUE PINEL.

SERIE I.ª | TEGUCIGALPA: SÁBADO 4 DE AGOSTO DE 1894. | NUM 7.º

LA ETERNA COMEDIA.

***

En las pálidas tardes de invierno se pueblan los horizontes de celajes oscuros y se llenan las almas de tristezas recónditas. Los objetos toman tintes lúgubres y en la atmósfera flotan melancolías extrañas. Antójasenos contemplar la naturaleza vestida de luto, sollozante y aterida como nuestros ensueños de felicidad. Allá en el interior del espíritu sentimos el mismo cuadro funeral: muchos recuerdos tristemente gratos en su ataùd de sombras: muchas ilusiones floridas muertas al nacer, que no tendrán la resurrección gloriosa de la celestial esperanza.

***

Llorando como un chicuelo miró por la última vez las torres de su pueblo que se perdían en lontananza como alas de palomas blancas. Todo se quedaba para él en aquel puntillo luminoso por los moribundos resplandores crepusculares de la tarde invernal. Su familia, sus amigos....¡ella!....Qué de sollozos, lágrimas y presentimientos negros á la doliente y dulce reminiscencia de su imagen adorada!..Habían huido, quizá para no volver más, las noches serenas de su amor, las mañanas cálidas y aquellos fugaces instantes de pasión en que al calor de sus frases ardientes despertó á la vida del sentimiento y la ternura su amada gentil: en que, unidas las manos, besándose con las miradas, se contaban sus deseos, sus sueños, jurándose cariño inmortal! Eran novios, sí: novios formalmente. El se había hecho la promesa sagrada de ser suyo, y aquel muchacho, á pesar de sus pocos años, era todo un hombre por el carácter, el corazón y la inteligencia....Se alejaba de su lado, porque era pobre y tenía que conquistar un porvenir qué poder ofrecerla. Y á la verdad que no era una empresa muy arriesgada porque tenía todas las virtudes y nobles aspiraciones del vencedor en la lucha por la existencia y por la gloria.

***

—¿Me olvidarás? murmuró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Olvidarte! Jamás! Juro ser únicamente tuya, esperar tu regreso para que seamos felices, y entretanto, pensar mucho en tí!

***

Ay! qué de presentimientos sombríos en las pálidas tardes de invierno, y cómo se llenan las almas de tristezas recónditas!....

Pasaron tres años. Qué diferencia material en tan poco tiempo! Antes pobre, oscuro, sin porvenir: ahora rico, lleno de gloria, feliz porque se llegaba

el instante de la suprema felicidad. Sin embargo, en medio de sus ilusiones surgía en su espíritu algo desconsolador.....

***

El salón estaba espléndidamente iluminado. El baile arrancaba de todos los corazones la nota de la alegría. Un amigo de la infancia hacía su presentación en aquel centro del placer y del buen gusto. Primero al dueño de la casa, el Sr. N., un viejo millonario con una cara santurrona que daba lástima.

Después, dirigiéndose á una joven encantadora, vestida con elegancia, que entraba en aquel instante, continuó:

—La Señora de N.....

Las miradas se encontraron con chispazos horribles, y las manos unidas temblaron nerviosamente.

—Tengo mucho gusto en conocer á Ud.....

.....

Y ya en su habitación él se rió locamente al enjugarse las lágrimas que brotaban de sus ojos.

F. TURCIOS.

El Invierno.

Á CARLOS.

Qué triste es! y sin embargo, cuánto me agrada!

Con un muchachito que quiero muchísimo, vivo en eterna disputa.

El prefiere el verano, el calor: admira, con toda la energía de su vehemente carácter, el sol claro y ardiente: uno de sus más acariciados ideales es contemplarlo, como Pierre Loti, bajo el cielo purísimo del Africa, recibir sobre su cabecita pensadora sus rayos de fuego, sentir exuberancia de vida y calor en las áridas costas del Senegal...

Yo, por el contrario, gozo tanto en el invierno! Me alegro tanto cuando llueve! Me siento tan bien cuando hace frío!

El es entusiasta encomiador de todo lo claro, de todo lo brillante, de todo lo azul; yo siento goces íntimos en las risueñas mañanas y en las gratas veladas invernales; amo las nieblas, el frío, lo triste, lo suave, lo gris. ...

El, no obstante, me quiere tanto, que á su pesar va cediendo lentamente....Sin darse cuenta de ello, ama ya un poco al viejo invierno, que fué mucho tiempo su mayor enemigo.

Ya no se desespera, como antes, cuando encerrado en su cuarto por fuerte y prolongado aguacero, pasa muchas horas en compañía de su autor más querido.

Ya no le aburre el ruido monótono del agua al caer sobre el tejado, ni se pone de mal humor cuando yo, con aire de triunfo, le digo:

—¿Verdad que es triste el invierno? Y sin embargo, cuánto me agrada!

LEONOR.

1894.

Su corsé.

Corrido el cortinaje.
Desde el balcón de enfrente ví tu cuarto,
El nido de la alondra que mi sueño
Arrulla en las mañanas con su canto.

Jarrones de Sajonia descansaban
Sobre consolas de bruñido mármol;
Y del sol que moría,
Los postrimeros rayos
Hacían resaltar en la penumbra
Las doradas molduras de los cuadros
Las lámparas de bronce,
Los ricos muebles de nogal tallado,
Las cortinas del techo y en el muro
Los brillantes espejos venecianos.

Y en su rojo sillón que parecía
A su dueño esperar, medio borrado
Por la naciente sombra,
Se veía un corsé de blanco raso.

Y pensé entonces en las frentes pálidas,
Y en los risueños labios,
Y en los ojos azules,
Y en los cabellos áureos,
En las cinturas breves, cimbradoras,
Y en los ebúrneos brazos,
En el velo flotante de las novias
Y de las niñas en los sueños castos,

En las vírgenes carnes sonrosadas
y en los púdicos sueños de alabastro.
¡Quién fuera tu corsé! me dije entonces.
Quién fuera tu corsé de blanco raso,
Para saber si late,
Si late aún tu corazón ingrato!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Un carácter.

A ERNESTINA GALINDO.

Amistad y cariño.
LUCILA GAMERO MONCADA.

(Concluye.)

III.

Rachas de aire frío deben haberle azotado el corazón cuando se convenció de que Amelia no era capaz de amar á nadie.

Era preciso romper el silencio, y ella fué quien lo hizo:

—La amiga de su hermana ¿se mejoró ya?

—Sí, señorita. Gracias.

—Y Julia ¿qué hace?—preguntó ella con altivez.

—Dar clases de piano.

—Según me han dicho es una magnífica pianista.

—Así lo dicen, señorita

—Yo nunca he tenido paciencia para aprender á tocar piano— exclamó Amelia con desprecio.

—Sin embargo, señorita....

—Sí, ya sé:—le interrumpió ella con desdén—me va Ud. á decir que eso es una lástima; que tengo muy buenas disposiciones para ello; que á pesar de lo que antes he dicho toco muy bien ese instrumento....Pero, amigo mío, desde que no hay chicuela de colegio que no nos fastidie horriblemente con su incesante repiqueteo, le tengo cierta aversión al piano. No quiero decir, por esto, que no me gusta, sobre todo, cuando oigo piezas tan admirables como las que toca su....prima Julia.

El tono malicioso, picante de Amelia, molestaba á Adolfo:

—En verdad, señorita, que Ud. favorece mucho á mi prima; élla se lo agradecerá.

—No la favorezco, es que me precio de ser justiciera.

—Y creo, señorita, que de las mujeres Ud. es la que más puede serlo.

—¿Por qué?

—Porque, según sus admiradores, Ud está colocada por sobre todas ellas, y es probable que desde la altura en que Ud. se encuentra las juzgue, más que con justicia, con benevolencia.

—He ahí una cosa que no sabía, y que no me holgo de saberla—contestó ella con indiferencia.

—Lo creo, señorita; pero no quiero atrasar más á Ud. y permítame que le diga el objeto de mi visita.

—¿El objeto su mi visita?

—Sí, señorita: vengo á despedirme de Ud.

—¿Y cuándo se va Ud.?

—Mañana.

—¿Y vuelve?

—Tal vez nunca! Quiero hacerme marino.

La señorita Gámez púsose aún más blanca de lo que era.

—¡Marino! ¿Y no es usted abogado?

—Sí; pero me fastidia esta vida que llevo, y quiero recibir nuevas y distintas impresiones.

—En verdad que no comprendo su resolución de abandonar su Patria, su ciudad natal, donde hay tantas personas que estiman á Ud.

—Y á quienes igualmente estimo yo; pero circunstancias que no puedo decir á Ud. me han hecho tomar esta resolución.

—¿Y si alguien rogara á Ud. que se quedara?

Cuéllar se estremeció:

—Sentiría no acceder á ese ruego, señorita.

—Luego ¿es irrevocable su resolución de irse de aquí?

—Irrevocable, señorita—articuló él, sin atreverse á recibir la mirada de los ojos de Amelia.

¿Qué pasó en el alma de la señorita Gámez

cuando, poniéndose de pie y acercándose á Adolfo le dijo con acento extraño, acento en que el orgullo luchaba con el amor?

—Bien hecho, Adolfo: váyase; y cuando esté en medio del océano, oyendo el rugir de las olas, sonríase de orgullo, y piense que Ud. ha contemplado algo más tempestuoso que ese inmenso monstruo de agua: mi orgullosa voluntad; y que ha encadenado algo menos encadenable que ese líquido elemento: mi altivo corazón!....

Y la extraña joven iba á salir de la pieza cuando Adolfo, aturdido, sin creer lo que oía, se colocó enfrente de ella, estrechándole las manos con loco apasionamiento:

—¡Amelia!.....¡Amelia!.. .

Pero Amelia no olvidaba que acababa de humillarse ante Adolfo, y le dijo con brusco acento:

—Y bien ¿no se iba Ud? Váyase, yo lo quiero!

—¿Irme ahora?.... ¡Nunca!....

Y la señorita Gámez lo miró allí, casi á sus pies, amoroso y suplicante....Se sonrió de satisfacción; y por primera vez aquellos dos corazones se unían sintiendo la dulce embriaguez de un amor correspondido....

Después.....Se sentaron á hablar de su amor, de sus sufrimientos pasados: recordaron que antes, á las palabras amorosas que estaban para salir de sus labios, sucedían las frías y desabridas....

—Amelia, he sufrido mucho; pero aunque hubiera sufrido el doble, todo lo olvidaría por esta realidad feliz....Tú amarme ¿qué más quiero?

Amelia lloraba....¿Lloraría por su vida pasada, su vida de soltera? ¿Lloraría por haber encadenado su voluntad de reina?....No; lloraba al recordar lo cruel que había sido para con su amado; pero toda una vida de cariño; el amor de su corazón, rico en ternura, porque nunca la había desperdiciado en amores de un día, borrarían aquel pasado amargo, aquellos días de su amor, brumosos y aciagos.

—Amelia, no sufras; yo tengo la culpa del pasado; ¿por qué no procuré comprender tu carácter?....Debía haber sido contigo como eran los demás hombres.

Ella lo miró afectuosamente:

—No, Adolfo; siendo así, no me hubiera fijado en tí: te amé altivo, y altivo quiero que seas; humillado á mis pies, te despreciaría como lo hago con esos muñecos que viven alabando mis extravagancias. Quiero que seas mi compañero; pero nunca mi esclavo.

Luego, con graciosa sonrisa:

—Ven, acércate al piano, voy á tocarte la única pieza que sé.

.....

—¡Que pieza tan linda! ¿Cómo se llama? preguntó él, cuando ella concluyó su música rítmica, cuyo acompañamiento lo hacían los ruiseñores que arrullaban en el jardín.

—Amor.

—¿Quién la compuso?

—Tú y yo.

***

Y, ¡no lo dudes mi querida Ernestina! aquella joven altiva, voluntariosa, que no tenía tu carácter angelical y suave, aquella sultancita de voluntad omnímoda, fué la amantísima compañera de un hombre á quien hizo verdaderamente feliz.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, Junio 14 de 1894.

Sobre las Olas.

Sobre las olas del dormido lago,
rizando espumas con su quilla suave,
camina, en alas del vapor, la nave,
cual si la guiara el talismán de un mago.

De su vaivén al voluptuoso halago,
tranquilo voy, y, como vuela un ave,
mi pensamiento que espaciarse sabe,
flota en las brumas del ensueño vago.

Y mientras tanto sin cesar delante
la embarcación con placidez avanza
dejando el puerto más y más distante;

Mi fantasía que á soñar se lanza,
del lago azul de su ilusión brillante,
ni ve la orilla ni su fin alcanza!

J. A. D.

1893.

Intima.

A Leonor.

Bien dices. Ya el invierno no me molesta con su música monótona, ni me pongo de mal humor cuando lo defiendes triunfalmente. Ahora se ha convertido para mí en un viejo simpático y bueno, y me someto á su voluntad y adoro sus caprichos porque tú lo quieres.

Amo el calor primaveral, la luz del sol africano, el cielo azulado y límpido: amo la nota clara y alegre, quizá porque sufro siempre su nostalgia; pero más que todo eso te amo, Leonor mía, porque tú eres la onda de sol que ilumina las sombras de mi erial existencia.

Siento aversión por las nieblas, porque la tristeza es helada como ellas y ha marchitado mis ilusiones en plena juventud: odiaba el frío, porque mi espíritu aterido languidece azotado por las ráfagas glaciales del invierno de los pesares insondables; pero de hoy más serán mis amigos como lo han sido tuyos. Por otra parte ¿por qué amar la primavera si jamás la he sentido en el alma, si sus flores no han tenido para mí perfumes, si sus días hermosos y risueños han formado extraño contraste con la eterna noche en que sollozan mis ideales?..

***

Tú has leído las páginas del libro de mi vida. Sabes muy bien que el muro del imposible se atravesó en mi camino, tronchando en flor mis nobles esperanzas, echando por tierra mis santas ambiciones. En la aurora me han rodeado las sombras crepusculares, y el ave negra del desencanto ha azotado con sus alas mi frente juvenil; mas tu cariño sincero me ha enseñado á tener fe, y lleno de esperanza puedo levantar la cabeza con orgullo, porque dirigido por tus elevados consejos, jamás he resbalado del florido sendero de la virtud y del honor!

***

Ha empezado á llover. Sobre el tejado de mi cuarto rumorea el aguacero y frente á mi mesa trazo de carrera estos renglones.

Recordando que tú gozas cuando llueve, me he sentido alegre, figurándome verte en el corredor de "nuestro pequeño y blanco palacio," donde tanto hemos soñado, leyendo, ó escribiendo tus impresiones íntimas para enviárseras á Carlos, que tanto te adora.

Me he asomado á la puerta. El cielo se ha cubierto de un manto plomizo y la calle es un torrente de agua cenagosa. Nadie saldrá. El parque no será esta noche centro de animación y ya gozo con placer de egoísta, porque todos están encerrados como yo, aunque no tan solos.

Solo he dicho?..No tanto, que además de Pierre Loti y del viejo Zola, me acompañan los recuerdos queridos de los ángeles de mi alma: Leonor y Blanca.

CARLOS.

EXTÁTICA.

(Del libro "Nieve y Luz")

En el hermoso alcázar de la Nieve,
el príncipe del Sol tiene una amada
que cuando el néctar luminoso bebe,
el himno del color vierte inflamada.
Y la bella de artísticos amores,
acariciada por la luz inquieta,
luce todas las tintas y colores
en su policromática paleta.
Y en las tardes serenas y apacibles,
henchido el corazón de sentimientos,
preludia sus arpegios invisibles
en las etéreas arpas de los vientos.
Y abriendo al astro nocturnal el broche
de la espléndida flor de su blancura,
sueña en la clara y centelleante noche
con las frías estrellas de la altura!

José FIANSÓN.

El reino de lo azul.

¡Oh reino de lo azul! Oh reino de la luz, de la juventud y de la felicidad, que he visto en sueños!

Ibamos varios en una hermosa lancha, ricamente empavesada. Una gran vela redondeábase en forma de pecho de cisne, bajo los ondulantes gallardetes. No sabía quiénes eran mis compañeros; mas todo mi ser sentía que eran tan jóvenes, tan alegres, tan felices como

yo. Sin embargo, mi atención no se paraba en ellos. Solamente veía en torno mío el mar infinito, el mar azul salpicado de escamitas doradas; y, sobre mi cabeza, un cielo azul también, tan azul como el otro, y encima de ese cielo rodaba alegremente, en triunfo, radiosa, la caricia del sol.

Y también entre nosotros alzábase de vez en cuando una risa sonora y alegre, como la risa de los inmortales. O bien de repente, surgían palabras de algunos labios, versos henchidos de una fuerza inspirada.

El cielo mismo y el mar vibrante y armoniosamente, contestándonos y otra vez imperaba el silencio, ese silencio de la ventura.

Calando ligera en plácidas ondas, nuestra rápida barca bogaba.

No era el viento quien la arrastraba: dirigida por nuestros propios corazones regocijados, lanzábase á donde queríamos, dócil, cual un sér viviente.

Encontrábamos mágicas islas, semi-transparentes, con reflejos de piedras preciosas, de esmeralda y ópalo. Desde sus bordes redondeados, llegaban hasta nosotros embriagadores perfumes. Unas llovían sobre nosotros lirios del valle y rosas blancas; de las otras se alzaban de pronto aves irisadas. Giraban las aves sobre nosotros; convalarias y rosas caían al mar, y fundíanse en la nacarina espuma que resbalaba á lo largo de las lisas bordas de nuestra barca.

Con las flores y los pájaros, volaban hasta nosotros sonidos de una dulzura inefable..... ¿Eran voces femeninas?.... Y en torno nuestro, el cielo, el mar, la ondulación de la vela, el murmullo del surco que hacía nuestra proa ....todo hablaba de amor, de un amor afortunado.

Y allí estaba, invisible y presente, aquella á quien cada cual de nosotros amábamos ... Un instante no más y su sonrisa se despliega, sus ojos iluminan, su mano se apodera de la mía....y en pos de sí me conduce al paraíso inmortal.

¡Oh reino de lo azul, te he visto sólo en sueños!

TOURGENEFF.

Ingrata....

(SONETO.)

Yo te amaba....¡te amo todavía!.. ...
¡Si vieras qué ternuras despreciaste!
¡Si vieras con qué sombras enlutaste
Los horizontes de la vida mía!
Con nerviosos arranques de alegría
Quiero cubrir la herida que causaste
Al pobre corazón donde reinaste
Como absoluta soberana un día.
Huyen las galas del verjel florido,
Si el huracán sus ímpetus desata,
Así mis esperanzas han huido.
Ay! en el frenesí que aun me arrebata,
Mi corazón hubiera presentido
Que fueras...todo!...pero nunca ingrata!

FELIPE N. CASTILLO.

Mal por Bien.

Toda la noche ha estado nevando, y aun cierne el plomizo cielo sus átomos blancos sobre la tierra. La ciudad ha amanecido amortajada en armiño; las calles están tapizadas con espeso plumón; las casas parecen techadas de azúcar, los deshojados castaños y maplos se han convertido en enormes algodoneros cuajados de albos vellosos; las coníferas de los parques semejan pirámides abrillantadas, y los sarmientos desnudos de las trepadoras agarradas á los muros y balcones, tienen el aspecto del alambrado recubierto de cristalizaciones, de una gigantesca arborescencia de Diana.

La luz es pálida y dudosa. El sol parece alumbrar al través de un cristal esmerilado Es una mañana sin gorjeos de aves, casi sin voces humanas; hay movimiento, pero no hay ruidos; todos los ecos se apagan en la sordina de copos de la atmósfera. Tan sólo se deja oir, pero también con apagadores, el chisesco retintín de los cascabeles que en su trote fantástico van los caballos agitando al arrastrar los veloces trineos, cuyas curvas cuchillas abren, silenciosas y rápidas, hondos surcos en la nieve.

Hace frío, mucho frío. Las gentes van embozadas en pieles y gruesos paños; los niños retozan en el blanquísimo polvo, forrados co-

no esquimales; las niñas con sus dobles abrigos, sus gorras de estambre, que les cubre hasta las orejas, y las manos metidas en manopias de lana, van alegres por tandas trotando menudamente sobre la espesa capa blanca, que sus pies, calzados de impermeables, hacen crujir ó dispersar, en medio de infantiles risotadas y de festiva garrulería.

Lesbia, la más crecida de la manada, la espigadita rubia de ojos celestes, la bella Lesbia, traviesa pero sensible, se ha detenido de improviso.. Acaba de descubrir sobre la nieve un pajarillo aterido de frío, inerte, casi espirante.

—¡Pobrecillo!—exclama la tierna niña inclinándose y recogiendo al animalito desvalido.

Y rápida, con súbita inspiración de sublime caridad, saca del guante estorboso su mano linda, tira con fuerza del primer botón de su abrigo; mas como resiste el ojal y no se abre:

—Vaya,—dice impaciente;—vaya unos botonazos estos que ahora se usan!

Y lo dice añadiendo nuevo vigor á la diligencia de sus dedos.

El ojal cede al fin, y luego otro, y otro, hasta tres. Pero la pulida manecita de marfil no se detiene. Avanza más adentro, estirando ojales y atropellando botones. Ya está abierta la basquiña, y los deditos febriles siguen escarbando. Ya los broches del corpiño se descasaron violentos; ya el nácar que ajusta la malla íntima ha dado paso al santuario que ésta protege; ya se siente el dulce calor del pecho generoso. Allí, al rescoldo de esa estufita de amor sencillo, confía la piadosa niña el pajarillo moribundo; cierra luego y de prisa los vestidos, y radiante de samaritana complacencia, continúa triscando en la nieve, camino de la escuela, estremeciéndose de cuando en cuando con las cosquillas que le produce el arañar de las patitas del prisionero sobre la piel de suave raso, á medida que el pobre paciente vuelve de su letargo mortal, y se da cuenta de su envidiable situación:

—¡Qué calorcito tan delicioso! ¿En dónde estoy? No acierto á imaginarlo. Lo que sé, es que me dormí sobre la nieve, con mucho, muchísimo frío, y que ahora me encuentro metido entre estos dos montoncitos de nieve calentita, que es como yo decía que debería ser la nieve de todo el invierno. Pero ¿qué veo? Dos granillos purpurinos que se me antojan aquellos de granada de que viene hablándome el canario de España de nuestra vecina, y que él dice son como pedacitos de rubí, dulcísimos y sabrosos. Ganas me dan de probar uno. Vamos, que no me lo he de comer, porque luego no digan con razón que los gorriones somos golosos y rapaces. Probarlo, nada más que probarlo, y eso por la maldita curiosidad.

—¡Ea!

Y el muy pillo estiró el cuello, tomó puntería y ¡zas! tamaño picotazo clavó en el granillo rubicundo.

Lesbia lanzó un grito, llevóse rápida las manos al seno, reventó los botones del abrigo, abrió de un tirón la basquiña, hizo saltar los broches del corpiño, apartó la tibia camisilla, sacó de allí con rabia y grima al malvado y lo arrojó sin misericordia en medio de la nieve, airada y ruborosa, exclamando:

—¡Ingrato!

N. Bolet PERAZA.

Cadencias.

En los ensueños castos de las hermosas,
en los vagos perfumes que dan las rosas:
en las negras tristezas de los pesares
que brotan de las almas entre cantares:
en ese anhelo inmenso de venturanza
inspirador de versos á la esperanza;
hay preludios extraños de las pasiones
y ternuras celestes de corazones.

*

Cuando alegres despiertan los pensamientos
y estallan en el alma los sentimientos:
cuando sin la inocencia de otras edades
se desatan las hórridas tempestades:
cuando llenos de afanes indefinibles
nos encontramos siempre con imposibles,
es cuando los insomnios de cruel quebranto
hacen por las mejillas correr el llanto.

*

Como las notas tristes de arpas eólicas
lloran en nuestras almas las melancólicas

nostalgias de una existencia más luminosa
cual la de los delirios color de rosa:
cuando nobles deseos tienden su vuelo
y en nuestras sombras densas vemos el cielo,
se olvidan los crepúsculos invernales
y se aman los ensueños primaverales!

F. TURCIOS.

Agosto de 1894.

AMOR DE POETA.

(Á JULIÁN DEL CASAL.)

Era un jardín, lleno de árboles cuyas hojas eran de esmeraldas; entre la yerba fina y brillante como motas de seda se abrían margaritas de pétalos de ópalo y corazones de topacio, violetas de amastita, rosas de granate y campanillas de zafiro. Enredaderas de hojas de oro y plata cuajadas de flores de rubíes tendían sus mallas caprichosas sobre estatuas de ónix y de pórfido; en un gran estanque de comalina nadaban peces luminosos, en el centro del estanque un delfín de ámbar gris cuyos ojos eran dos diamantes negros lanzaba una columna de agua, como desgranado collar, sobre la arena de oro de las avenidas. La brisa suave modulaba un canto de amor, las flores esparcían perfumes orientales. En un lecho de marfil jaspeado de lápiz lázuli estaba ella, soberbiamente bella, graciosamente reclinada, envuelto el cuerpo de diosa en trasparente gasa de color de aurora, suelta la negra cabellera que caía sobre el marfil del mueble, como una cascada de ébano sobre una roca de blanco mármol. De sus ojos, negros como la noche, brotaba el amor y sus labios rojos y entreabiertos, dejando ver el esmalte nacarino de sus dientes menudos, daban paso á su aliento tibio y perfumado y él, allí, de rodillas ante ella, y besando la carne de su cuerpo hecha de rosas amasadas y bebiendo en sus labios el néctar del placer.....

Así soñaba el pobre poeta, pensando en la mujer amada, cuando vino á despertarlo bruscamente la entrada de un amigo que penetró en el cuarto gritando: Chico, gran noticia, se casa X., la mujer más linda de la Habana! ¡Era ella, la del jardín de árboles de esmeralda y campanillas de zafiro! El pobre poeta abrió los ojos desmensuradamente y luego rió, rió, de aquel pobrete que no sabía que él la tenía en un jardín inmenso, reclinada en un lecho de marfil jaspeado de lápiz lázuli, y rió tanto que lo llevaron á un manicomio y allí está, siempre de rodillas, besando á su amada, cuya carne es de rosas amasadas y bebiendo en sus labios entreabiertos el néctar del placer.

RAOUL CAY.

Cadena perpetua.

Apenas me había quedado dormido, me encontré sujeto en una especie de cepo: había caído en una trampa como un lobo. Una vieja flacucha y acartonada corrió á mí y dijo sin desatar mis ligaduras:

—Eres mío.

—Está bien—repuse—soy tu prisionero.

—No lo creas: ésta es una trampa de cazar maridos, y te he cazado yo.

—Señora, misericordia!

—No hay piedad: te tengo amarrado de pies y manos; toma el beso nupcial!

Y estampó sus labios de lija en mis carrillos, dejándolos escocidos.

—Señora.....—repuse—prefiero la pena de muerte.

—Está abolida en este país; tendrás la inmediata.

—Sea.

—Quedas condenado á cadena perpetua.

La vieja dió un silbido; dos hombres formidos me colocaron una cadena en el pie izquierdo, sacándome del cepo. Luego lanzaron una carcajada, y se alejaron. Habían sujetado el pie de la vieja al otro extremo de mi cadena. Estábamos amarrados para siempre.

Dí un tirón; cayó al suelo mi pareja, y huí arrastrándola por un pedregal. ¡Qué noche tan terrible! Yo corría y mi pie izquierdo se lastimaba con el peso de la cadena y de la vieja, que lanzaba aullidos y se agarraba á las ramas y á los árboles para detenerme y morderme los tobillos.

Cuando desperté estaba mi pie hinchado y dolorido; me había dormido en el sillón al de calzarme, y tenía puesta en el pie izquierdo una bota nueva.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.